

Fotografia de Robert Houser

Manuel Castells

Entrevista realizada
por Josep Lluís
Gómez Mompert

La producción intelectual de Manuel Castells es cuantiosa y muy interesante, centrada en la sociología urbana contemporánea, pero sin descuidar ciertas incursiones en tiempos pasados. Su extraordinaria capacidad de procesar gran cantidad de información de calidad la ha puesto de manifiesto en muchas de sus investigaciones, pero, sin duda, con la trilogía sobre La era de la información: economía, sociedad y cultura –que él mismo considera la obra de su vida–, este autor mediterráneo (nacido en Hellín y ligado biográficamente a Barcelona y a Valencia), de proyección y reconocimiento internacional, ha alcanzado la excelencia universitaria al explicar brillantemente el mundo en que vivimos.

Y no lo ha hecho a modo de futurólogo con buenos datos, al estilo de ciertos divulgadores norteamericanos, tipo Alvin Toffler o John Naisbitt, sino desplegando la verdadera condición del científico social: pensando en términos históricos, a partir de la información minuciosa, el estudio riguroso y la reflexión profunda, juntamente con el viaje y la observación directa que le permiten –según él– absorber el mundo. Justamente

«Mientras los profetas vaticinan y los ideólogos pontifican, los investigadores trabajamos»

por el valor de su obra sobre la sociedad de la información (traducida a una docena de idiomas y con diversas ediciones y una revisión a fondo tras el original en inglés de 1996), bastantes de los más destacados sociólogos –entre ellos, Alain Touraine, Anthony Giddens o Fernando Henrique Cardoso– lo han homologado a Max Weber. Si éste explicó la sociedad matriz del siglo xx, Castells ha hecho otro tanto con la del siglo xxi.

Dos de las reseñas más elaboradas y escritas por nuestras latitudes sobre la obra capital de este autor se han publicado en sendas revistas de la Universitat de València. La primera, «El capitalisme reestructurat: l'era de la informació segons Manuel Castells», del profesor de Comunicación de la UAB Joan Manuel Tresserras, en L'Espill (segunda época, nº 3, otoño de 1999, pp. 147-171) y, la segunda, «¿En los albores de una nueva era?», efectuada por el profesor de Filosofía de la UV Josep Lluís Blasco Estellés, en esta misma revista, Pasajes (nº 5/6, enero-agosto de 2001, pp. 161-170). Por supuesto, ha habido muchísimas reseñas de esta obra en todo el mundo, como también muchas críticas, así por ejemplo, en España, los debates suscitados y contestados por el propio autor; en la Revista Española de Investigaciones Sociológicas del CIS (nº 86, abril-junio de 1999), escritos por Rodríguez Ibáñez, José Félix Tezanos y Ramos Torre.

De todos modos, la mejor recomendación es leer a Manuel Castells con el fin de entender las claves para situarse en los cambios que se están operando en nuestra sociedad actual y el porqué. Su lucidez analítica, propia de un racionalista apasionado y de un vitalista lleno de optimismo, consecuente con quien ha superado un cáncer, le permite diseccionar el mundo emergente, donde conocimiento, información y tecnología son fuentes directas de poder, estructuradas en una red global. Su clarividencia no rehuye la denuncia de los desequilibrios de todo tipo derivados del capitalismo internacional,

pero a la vez también le lleva a entrever las posibilidades creativas, y relativamente emancipadoras, desde un punto de vista social para ciudadanos de todo tipo, incluso de países depauperados, que se abren en la nueva era. Pero él advierte que, en su calidad de científico, no le toca dar soluciones sino diagnosticar nuestra realidad.

Manuel Castells, que huyó de España perseguido por la dictadura franquista y que empezó siendo profesor en París y ha ejercido en muchas universidades de varios continentes, es catedrático de Sociología en la Universidad de California desde 1979. En el presente curso, se ha incorporado a la Universitat Oberta de Catalunya, una de las universidades pioneras «on line», para dirigir y desarrollar «en red» una de las líneas centrales de su investigación de los últimos años: las dimensiones económica, política, cultural y cotidiana de Internet. Sistema y medio que, para él, no son simplemente una tecnología, sino una forma de organización de la vida en la sociedad. Prueba de ello es que Castells, que dice pensar y escribir siempre con ordenador, trabaja mucho con Internet, hasta el punto de que esta entrevista –pese a habernos visto personalmente– se realizó por este medio con anterioridad a los graves atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington.

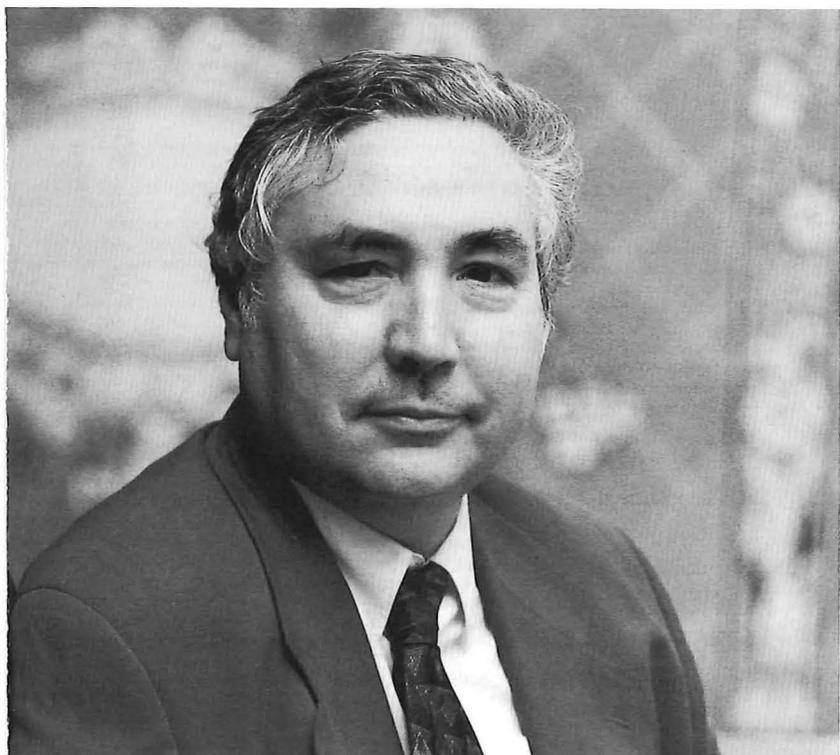
«Internet, llibertat i societat: una perspectiva analítica» fue el título de la conferencia inaugural del curso 2001-2002 que, en octubre de 2001, presentó Manuel Castells, en su condición de profesor senior del Internet Interdisciplinary Institute (IN3) de la UOC. En ella explicaba la arquitectura libre de Internet, sus enormes posibilidades, así como los intentos de control que le acechan desde los poderes establecidos, la contraposición entre hackers (o creadores virtuales) y crackers (o perturbadores de la red), la experiencia española de regulación de Internet, y los retos y límites derivados de la libertad y la seguridad de la nueva sociedad.

Castells empezaba su conferencia recordando que Internet refleja los principios y los valores libertarios de sus inventores (investigadores académicos, informáticos, hackers, redes comunitarias contraculturales, emprendedores de la nueva economía) y acababa señalando lo siguiente: «A las aspiraciones de libertad se contraponen los instintos básicos de las burocracias políticas, tengan la ideología que tengan. Y a la liberación de la humanidad por la tecnología de la información se contraponen la realidad presente de una humanidad mayoritariamente desinformada y marginada de la tecnología. Internet, en nuestro tiempo, necesita libertad para desplegar su extraordinario potencial de comunicación y de creatividad. Y la libertad de expresión y de comunicación ha encontrado en Internet el soporte material adecuado. Pero tanto Internet como la libertad solamente pueden vivir en las mentes y los corazones de una sociedad libre, libre para todos, que modele sus instituciones políticas a imagen y semejanza de su práctica de libertad.»





No hay una sociedad de la información, sino una pluralidad de sociedades de la información.



Fotografía de Salvador Sansuán

No creo mucho o nada en el periodismo de opinión, para eso ya están los expertos en cada campo.

J. L. G. M.: *¿Es correcto hablar de una «sociedad de la información» o resulta más pertinente hablar de «sociedades de la información»?*

M. C.: **No hay una sociedad** de la información, sino una pluralidad de sociedades de la información según la historia, la cultura, las instituciones y también las prácticas y decisiones de los actores sociales y económicos respecto a cómo se estructura la sociedad. Por ejemplo, Finlandia es una sociedad de la información tan avanzada como California, pero es totalmente distinta en cuanto al papel del Estado, el estado del bienestar, la identidad cultural, la toma en consideración de necesidades sociales, etc. Pero lo que sí es común es un núcleo técnico-económico y de organización (las tecnologías de información de base microelectrónica, Internet, la globalización de las actividades dominantes, la organización en red) que son comunes a todas las sociedades de la información. Por eso yo llamo a ese núcleo sociedad red, un concepto relativo a la estructura social, y a la variedad de formas sociales de las sociedades de la información.

¿Cree que en la sociedad de la información el periodismo de calidad puede, como antaño, desempeñar algún papel? ¿Cómo concibe ese nuevo periodismo?

■ **El periodismo** es quizá una de las profesiones más importantes en nuestra sociedad. Porque si hablamos de información, el periodista es quien elabora y difunde la información para la mayoría de la gente. Yo lo concibo como un periodismo ante todo independiente, profesionalmente serio, informado y lo más analítico posible. Ahora bien, el periodismo empieza por comunicar lo que pasa tal y como pasa. Y no creo mucho o nada en el periodismo de opinión, para eso ya están los expertos en cada campo. El periodista debe ser

La globalización es un proceso objetivo que tiene y puede tener formas y procesos muy diversos.

tan neutral como sea posible. Sin un periodismo veraz y creíble, estamos ciegos.

¿Cómo se está articulando el discurso sobre la globalización en los medios de comunicación?

■ **De forma tremendista.** De repente la globalización se ha convertido en el origen de todos los males. La globalización es un proceso objetivo que tiene y puede tener formas y procesos muy diversos. Me parece fundamentalmente positivo que haya un debate a fondo sobre los contenidos de la globalización, pero ese debate no puede depender de lo que pase en la calle, hay que situar la protesta en su dimensión real y no limitar la globalización a sus aspectos de desigualdad o de creación de elites globales. Los medios de comunicación deberían informarse más ampliamente y no seguir la línea de facilidad de lo que es espectacular. No se pueden quedar sólo en los eslóganes y en la superficie del acontecimiento.

En buena medida esto se debe al alcance y las repercusiones de los movimientos críticos con la globalización. ¿Cómo caracteriza a esos movimientos críticos con la globalización económica y qué relación guardan con la sociedad civil?

■ **Los movimientos** antiglobalización son extremadamente diversos, incluso contradictorios, y eso es lo que hace su fuerza. No tienen un programa, no tienen una bandera o responden a una disciplina. Son la expresión multiforme y contradictoria de un sector cada vez más amplio de la sociedad que dice «no» a la globalización sin representación y, en la práctica, pone en cuestión los actuales sistemas de representación democráticos (puesto que en último término son los gobiernos elegidos por los ciudadanos los que están en las instituciones globalizadoras). Hay intereses económicos proteccionistas, hay movimientos

identitarios, hay alternativas ecologistas, hay movimientos feministas, hay movimientos sindicales, hay movimientos contraculturales, hay movimientos pacifistas, hay corrientes anarquistas, hay rechazo antisistema y hay un amplio sector que busca sentido a la vida a través de una crítica de las instituciones actuales. Y también hay provocadores de distinto origen, aunque eso siempre ha existido en todo movimiento social. Los movimientos antiglobalización simplemente dicen «no». No tienen por qué proponer un programa común. Si lo intentaran, se fragmentarían, como siempre ha ocurrido en la historia. El punto central es la articulación entre la contestación del movimiento social y el impulso reformista dentro del sistema. Pero, para llegar a eso, el movimiento tiene que ir mucho más lejos, porque hoy por hoy el reformismo es cosmético.

Entonces, los movimientos progresistas ¿qué deben priorizar, la lucha por la democracia o el desarrollo tecnológico?

■ **Yo nunca doy recetas** ni propongo políticas. Espero contribuir con mis análisis a que la gente que quiere cambiar las cosas entienda mejor el mundo en que vive.

¿Qué mapa actual cree que se está conformando de la distribución de la pobreza como consecuencia del proceso de globalización planetario?

■ **Todos los datos** están en el Informe de Desarrollo Humano de Naciones Unidas, publicado en julio de 2001. Lo más importante es que hay una gran desigualdad en el ámbito global (cerca del 50 por ciento de la población muriendo con menos de dos dólares al día) pero que la oposición no es tanto Norte/Sur sino inclusión/exclusión en las redes de riqueza e información. Por ejemplo, las grandes metrópolis chinas y algunas de la India están creciendo rápidamente y sacando de la pobreza



a decenas de millones de personas. Por eso, en términos generales, la pobreza ha disminuido en China y en la India (aunque la desigualdad se haya incrementado en la India). Gran parte de África sí está excluida en su conjunto, pero globalmente no se ha incrementado la pobreza sino la desigualdad y la exclusión (y, por tanto, la pobreza extrema) de grandes áreas del mundo. En los países desarrollados, en los tres últimos años ha disminuido algo la desigualdad y la pobreza, aunque se sitúan a nivel más alto que hace veinte años. Entre un 10 y un 15 por ciento de la población de los países ricos, según zonas, vive en la pobreza y en Estados Unidos casi un 20 por ciento de los niños son pobres.

La Tasa Tobin es una entelequia envejecida e impracticable, aunque tiene valor como símbolo de la reivindicación popular de control de la economía global.

¿Qué posibilidades ve de regulación a la economía global?

■ **Pocas.** Técnicamente es difícil, tanto por la velocidad y complejidad de los flujos electrónicos de circulación de capitales e informaciones como por la movilidad de los factores de producción, en contraste con la rigidez y localización de las instituciones. Pero, además, como Estados Unidos se opone a dicha regulación (porque le favorece la mayor liberalización posible) no hay posibilidad de regular, porque Estados Unidos representa el 30 por ciento del PIB mundial y por sus circuitos circulan dos tercios del capital y el 80 por ciento del tráfico de Internet. Por cierto, la Tasa Tobin es una entelequia envejecida e impracticable, aunque tiene valor como símbolo de la reivindicación popular de control de la economía global en función de los valores e intereses de la gente. Pero hay que tomarla como bandera, no como política económica.

¿Considera que es posible recomponer un pensamiento progresista, de izquierdas, que plantee alternativas posibles a los potenciales excluidos de la globalización económica?

■ **La izquierda** es un concepto relativo, topológico. Lo que era izquierda hace veinte años no es necesariamente lo que es ahora. Y la izquierda política no puede ser esencialista, ni posibilista. Las alternativas de los excluidos de la globalización económica las tienen que plantear los excluidos, no los intelectuales de los países dominantes en búsqueda de nuevas causas ideológicas que les permitan restablecer su papel sacerdotal de épocas anteriores. Y no se preocupe, los excluidos ya están organizando su contraofensiva, por ejemplo, los zapatistas o los movimientos religiosos y étnicos de muchas sociedades. Lo que pasa es que, como su formato suele alejarse de los esquemas del progresismo oficial, no se reconoce su potencial transformador hasta cuando es inevitable, como con los zapatistas. Y ni aun así, como muestra el hecho de que hay muchos intelectuales de izquierda mexicanos que no cesan de denostar a los zapatistas y de ridiculizar a los intelectuales europeos que los apoyan. Cuesta renunciar al racionalismo de la vieja izquierda.

Demostrada la capacidad de la nueva criminalidad organizada de corromper a la democracia y de difundir una cultura de héroes criminales, capaz de fascinar a los jóvenes, ¿hay posibilidades de romper esa secuencia perversa en sociedades tales como la colombiana o la rusa?

■ **El control** relativo de la economía criminal global depende de que se refuerce la legitimidad y la limpieza de las instituciones políticas y de la justicia. Y eso va por países. En Rusia, por ejemplo, pese a las tendencias autoritarias alarmantes, parece que la administración Putin está poniendo algo de orden. En México, la administración Fox está intentando regenerar el Estado. En Colombia, todo depende de cómo avance el proceso de

El hipertexto electrónico es el espacio esencial de decisión.

paz. Pero con respecto al narcotráfico, esencia de la economía criminal, no hay posibilidad de disminuir su progresión sin legalizar las drogas y tratarlas como una enfermedad más que como un delito. Son más graves las consecuencias de la represión que las de las drogas. En Estados Unidos se ha conseguido que menos del 20 por ciento de la gente fume. Si esto puede hacerse con el tabaco legalizado, ¿por qué no se podría conseguir con las drogas? Recuerde que la nicotina es más adictiva que la cocaína. Se podría pensar que los narcos están infiltrados entre los políticos de los principales países porque es a los narcos a quienes más les perjudicaría la legalización de la droga. Y el alcohol mata mucho más que las drogas.

Usted ha escrito que la naturaleza puede convertirse en una mera forma cultural y la cultura puede ser autónoma de la base material de nuestra existencia, ¿cómo definiría y caracterizaría, entonces, la cultural actual?

■ **Como cultura** de la virtualidad real, en la que lo esencial de la comunicación, y por tanto de la expresión social de la actividad simbólica humana, se constituye a partir del lenguaje virtual en el hipertexto electrónico. Pero eso no es virtual, sino real, aunque es una realidad nueva, distinta, con lenguajes propios y reglas específicas de comunicación. ¿Cuáles? Eso es lo que hay que investigar, y en eso están numerosos investigadores. Mientras los profetas vaticinan y los ideólogos pontifican, los investigadores trabajamos, usted y yo entre ellos. Y ya iremos contando lo que vayamos descubriendo. Como esto es tan importante, hay que huir de la charlatanería.

Pero, ¿de qué manera el nuevo sistema tecnológico está cambiando nuestro sistema de códigos simbólicos y de comportamiento?

■ **La comunicación social**, la que va más allá de lo interpersonal, se expresa mediante una virtualidad multimedia (televisión, radio, vídeo, móviles, periódicos y revistas procesados en tiempo real, Internet) interconectada en un hipertexto electrónico. Esa virtualidad es lo esencial de nuestra realidad y eso lleva a un lenguaje en que lo esencial es la multimodalidad de la comunicación en tiempo elegido, con Internet en su centro.

¿Qué está implicando la nueva cultura de la virtualidad real para el conocimiento y la experiencia humana?

■ **Que el procesamiento** de imágenes, sonido y texto en el hipertexto electrónico son los procesos mediante los que producimos, sentimos, gestionamos, aprendemos, conocemos y luchamos. El hipertexto electrónico es el espacio esencial de decisión.

Así pues, no es previsible que el complejo multimediático global supondrá un modelo cognitivo común a escala planetaria como anuncian algunos apocalípticos.

■ **Absolutamente no.** Precisamente porque es un hipertexto lo engloba todo, pero no en un solo sistema sino en un sistema diferenciado, fragmentado y recombinado por cada uno según sus códigos culturales y sus proyectos. La verdadera cuestión es que, como ese hipertexto global se concreta por cada uno en un hipertexto personal construido por recombinación de mensajes mediante Internet, está fragmentándose la expresión, rompiéndose los códigos comunes de comunicación y, en último término, puede surgir un autismo cultural. La gran cuestión es cómo se establecen protocolos de comunicación para hacer puentes entre códigos cada vez más individuales y específicos.

Lo que parece claro, sin embargo, es que el nuevo sistema de comunicación modifica sustancialmente nuestra percepción del es-



pacio y del tiempo. Al respecto, usted señala que las localidades se desprenden de su significado cultural, histórico y geográfico, y se reintegran en redes funcionales provocando un espacio de flujos que sustituye al espacio de lugares. Si la nueva lógica es ajena a los lugares del espacio, y se potencia el espacio de los flujos, a la vez que parecemos vivir en un tiempo atemporal o un presente eterno, ¿qué sentido puede tener la historia en el siglo XXI?

■ **El sentido** que le demos nosotros, los humanos, en toda nuestra diversidad contradictoria. El espacio de los flujos no anula necesariamente al de los lugares, su posible articulación depende de lo que haga la gente, las empresas, los gobiernos, los medios de comunicación. Y frente al tiempo atemporal de los mercados financieros, se alza el tiempo cósmico de la visión ecologista de la relación entre sociedad y naturaleza. Temporalidad y espacialidad son categorías relativas en la naturaleza y en la sociedad y, por tanto, su producción histórica es un proceso abierto. Yo he analizado las tendencias actuales, pero no como categorías fijas e inamovibles.

Lo que le lleva a afirmar que el único sentido de la historia es la historia que sentimos. Explíquelo, por favor.

■ **Quiero decir** que no hay un sentido predeterminado de la historia, que no hay un proyecto metahumano que dice cuál es el objetivo a alcanzar (sea el socialismo o el triunfo de la razón o la voluntad divina) con respecto al cual nos situamos en términos de acercamiento o lejanía. Ello quiere decir también que no hay progresismo o reaccionarismo a partir de decisiones tácticas, de mediaciones, sino de valores absolutos, no negociables, como son, por ejemplo, los derechos humanos. Y cuáles son esos valores depende de lo que cada uno sienta y de lo que la sociedad juzgue como valor, por ejemplo, la emancipación

de la mujer o la reducción de la pobreza. No más mediaciones, sino finalidades directas. En el fondo, esa es la ideología, y a veces la práctica, de la mayor parte de las ONG.

Precisamente usted contraponen modelos de ONG, como serían Amnistía Internacional o Médicos Sin Fronteras, en tanto que iniciativas civiles transnacionales pero en red, frente a determinadas burocracias políticas de carácter global, caso por ejemplo del FMI, a la hora de explicar la formación de la Unión Europea, cuya construcción se parece más a un cártel político que a un estado federal. En el nuevo marco de la globalización, el proyecto de expansión de la Unión Europea ¿qué puede reportar a los estados nación actuales y a las nacionalidades o regiones histórico-culturales?

■ **La Unión Europea** es el primer ejemplo histórico del estado red, es decir de la articulación reticular de instituciones políticas en donde se van incorporando (pero no desapareciendo) los estados nación soberanos de la edad moderna. Cuanto más se amplíe la Unión Europea, más diverso y extendido será el estado red, y más se irá difuminando el imposible sueño federalista europeo para el que no existe base objetiva, aparte del neohegemonismo alemán que toma esa expresión por ser la única posible. Pero, como los otros estados europeos (sobre todo los pequeños) no están dispuestos a satelizar sus sociedades, es el estado red —hacia el este, oeste, centro, norte y sur— el que organiza el proceso de decisión política en la nueva Europa. La gran cuestión es que así se articula la decisión, pero no la representación que sigue siendo, sobre todo, nacional y local. Por tanto, el estado red no puede sólo extenderse hacia otras naciones, sino hacia otros niveles de cada país. Esa es la gran frontera político-institucional del siglo XXI europeo.

El espacio de los flujos no anula necesariamente al de los lugares.